

las contra las infiltraciones de las aguas pluviales.

Las casas no difieren mas que por las dimensiones, que varían segun la fortuna del propietario y el número de sus mujeres. La arquitectura y distribución es en todas igual: un muro de circunvalación encierra un número mayor ó menor de pequeñas casas cuadradas. Cada mujer posee la suya, en la cual recibe á su señor y dueño. Estas habitaciones no tienen mas abertura que la puerta, y están cubiertas con un techo de hojarasca sostenida por una armadura de bambúes. El techo sobresale por la parte de la fachada formando una barbacana sostenida por columnas de madera pintadas ó esculpidas, resultando una galería ó mirador frecuentado durante el día para tomar el fresco. En este punto recibe el dueño de la casa á los forasteros que rara vez penetran en el interior, el cual por otra parte no está amueblado mas que con una cama, ó mejor dicho, un diván de una altura de 10 pulgadas á 2 pies, de tallos de palmera del género llamado *tara* en el Senegal, algunas calabazas, jarros de barro rojo, y por fin uno ó dos taburetes de madera de una sola pieza labrados con algunas esculturas que se parecen bastante á los pesados escabeles que se usaban en la edad media. La elegancia y riqueza de adornos y escultura de dichos asientos, demuestran la importancia de sus dueños, que á menudo los hacen llevar consigo para visitar á sus amigos ó para sentarse debajo del árbol en que celebran sus conciliábulos.

Ya se comprende que con un estilo arquitectónico tan primitivo, la ciudad de Wydah contiene pocos monumentos que merezcan llamar la atención de los viajeros. El antiguo fuerte de la compañía francesa de Indias y el templo de las serpientes nos detuvieron solo unos instantes: el primero á causa de los recuerdos que despierta, el segundo por su destino singular.

El fuerte francés, último vestigio del poder en estos parajes de nuestra compañía de las Indias, se halla hácia el Oeste de la ciudad. Es un paralelogramo regular, formado por cuatro baluartes ligados por cortinas y rodeado por un ancho y profundo foso. En otro tiempo una obra avanzada cubria la puerta principal, que además de sus hojas se cerraba por medio de un puente levadizo. Hoy día, los baluartes se desploman, los viejos cañones de hierro, hundidos en la yerba entre los restos de sus montajes, están condenados á eterno silencio y la lozana vegetación de los trópicos ha invadido y cegado los fosos. El puente levadizo subsiste aun, así como el antiguo cuerpo de edificio destinado á los oficiales, compuesto de un piso bajo que sirve de almacenes para los *cauris* ó conchas de almeja que reemplazan á las monedas y para las mercaderías, y de un piso principal habitado por el director y empleados de la factoría. Los

otros tres lados del paralelogramo que constituye el recinto del fuerte con vastas galerías en que se guardan las máquinas para la filtración y medición de los aceites, y en que están establecidos los talleres de los toneleros. En medio del patio se eleva una torre-cilla bastante elegante que era en otro tiempo almacén de pólvora y hoy es un palomar.

El aspecto que ofrece hoy el establecimiento no es seguramente tan próspero como el que presentaba á mediados del siglo XVIII, lo que en cierto modo nos complace, porque su prosperidad se debía al comercio de esclavos que se hallaba entonces en su apogeo. ¿De qué escenas terribles ú odiosas no han sido testigos todas aquellas largas galerías en que se hallaban hacinados los cautivos! Actualmente no resuenan en sus bóvedas mas que las triviales canciones y las placenteras manifestaciones de la alegría negra. En el momento de nuestra llegada reinaba allí una actividad singular. A cada instante entraban moradores del interior cargados con grandes vasijas de tierra roja llenas de aceite de palma, de colmillos de elefante y de taleguillos de cuero que contenían oro en polvo colgados de su cuello.

El que no ha visto un mercado negro no puede formarse una idea de las artimañas desplegadas por aquellos negociantes primitivos para sacar de sus productos el mayor beneficio posible. Veinte veces se van indignados de lo poco que se les ofrece y veinte veces vuelven á la carga sin que les desanime la flema con que los empleados de la factoría, que conocen sus mañas, acogen sus recriminaciones. Hábiles en falsificar sus mercancías, mezclando sin vergüenza en el polvo de oro limaduras de cobre, niegan descaradamente las mas evidentes falsificaciones.

Naturalmente propensos al robo, y á la manera de los antiguos espartanos, no considerándolo como un crimen sino cuando se comete con torpeza, se hallan siempre al acecho de una ocasión que les permita ejercer impunemente sus malas artes. Cuando un ladrón torpe es sorprendido por los tratantes, sus camaradas se burlan de él al ver cómo le corrigen y le espulsan de la factoría, pero no hacen cuestión de honra su contratiempo. El mercado cesa á las cinco de la tarde, y se cierran las puertas del fuerte, que se vuelven á abrir al día siguiente á las siete, renovándose las mismas escenas.

En la primera noche de nuestra permanencia en el fuerte, en el cual recibimos del director una hospitalidad la mas cordial, sobrevino un accidente que habria podido tener consecuencias funestas. Una punta de cigarro echada en una escupidera llena de serrín, determinó un principio de incendio en el alojamiento que ocupábamos. Afortunadamente el capitán Vallon, despertado por el humo que penetraba en su cuarto contiguo al comedor, dió la voz de alarma, y

se contuvieron los progresos de las llamas. Una parte del techo del comedor fue presa del fuego; pero quedaron felizmente intactos los almacenes situados debajo que contenían una cantidad de pólvora bastante considerable.

Era ya de día cuando volvió todo al estado normal, y se abrieron las puertas del fuerte. Yo salí para recorrer la ciudad, y dediqué mi primera visita al templo de las serpientes-ídolos, situado no lejos del fuerte, en un sitio algo aislado, debajo de un grupo de árboles magníficos.

Este curioso edificio consiste simplemente en una especie de sala circular de 10 á 12 metros de diámetro y de 7 á 8 de altura. Las paredes son de tierra seca como las de las cabañas de los habitantes, y tiene dos puertas en dirección opuesta por las cuales entran y salen libremente las divinidades del país. La bóveda del edificio, formada de ramas de árboles entrelazados que contienen un lecho de yerba seca, está constantemente tapizado de una miriada de serpientes que pude examinar á mis anchuras. Como dede suponer el lector, todas pertenecen á especies inofensivas, hallándose desprovistas de los dientes canaliculados que caracterizan á las serpientes venenosas. Su longitud varía de 1 á 3 metros; su cuerpo es cilíndrico, puriforme, es decir, un poco mas grueso en la parte media, y termina insensiblemente en un rabo que forma á poca diferencia la tercera parte de la longitud total del animal. La cabeza ancha, aplastada, triangular con ángulos redondeados, está sostenida por un cuello algo menos grueso que el cuerpo. El color varía desde el amarillo claro al amarillo verdoso, tal vez segun su edad. En su mayor parte ofrecen en toda la longitud del dorso dos líneas oscuras, al paso que otras presentan manchas irregulares. Estos diferentes caracteres me hacen presumir que pertenecen todas á las diversas especies de reptiles no venenosos que Linneo coloca en las familias de los pitones y de las culebras.

El número de serpientes se elevaria á un centenar, cuando mi visita. Las mas bajaban ó subían enroscadas en los troncos de árboles dispuestos al efecto á lo largo de las paredes; otras suspendidas por la cola, se balanceaban muellemente por encima de mi cabeza, vibrando su triple lengua y mirándome con ojos penetrantes; otras en fin, enroscadas y dormidas en las yerbas del techo, digerían sin duda las últimas ofrendas de los fieles. A pesar de la fascinación estraña de este espectáculo, que por otra parte no ofrecía ningun peligro, me encontraba como violento en medio de aquellas viscosas divinidades, y como si saliera de un mal sueño, solo al salir del templo empecé á respirar libremente.

No es raro encontrar en la ciudad algunos de estos animales sagrados paseando por sus calles. Cuando

los negros las encuentran, se aproximan á ellas con las mayores muestras de respeto, y arrodillándose, las toman en sus brazos con mil precauciones, escusándose de la gran libertad que se toman, y las vuelven á su templo por temor de que les suceda algun accidente fatal. ¡Desgraciado el extranjero ignorante ó imprudente que las maltratará! Pagaría con su vida el ultraje. Se me ha contado que hace algunos años un empleado recientemente desembarcado hizo fuego en el patio del castillo á uno de estos animales que él creía una serpiente ordinaria. A pesar de que se procuró cuidadosamente que el hecho permaneciese secreto, se traslució alguna cosa, y se tuvo que comprar muy caro el perdón de los sacerdotes ofendidos. Pero es probable que si el crimen se hubiera comentado en las calles de la ciudad, el fanatismo popular, menos casuístico que la conciencia de los sacerdotes, hubiera tomado una sangrienta venganza.

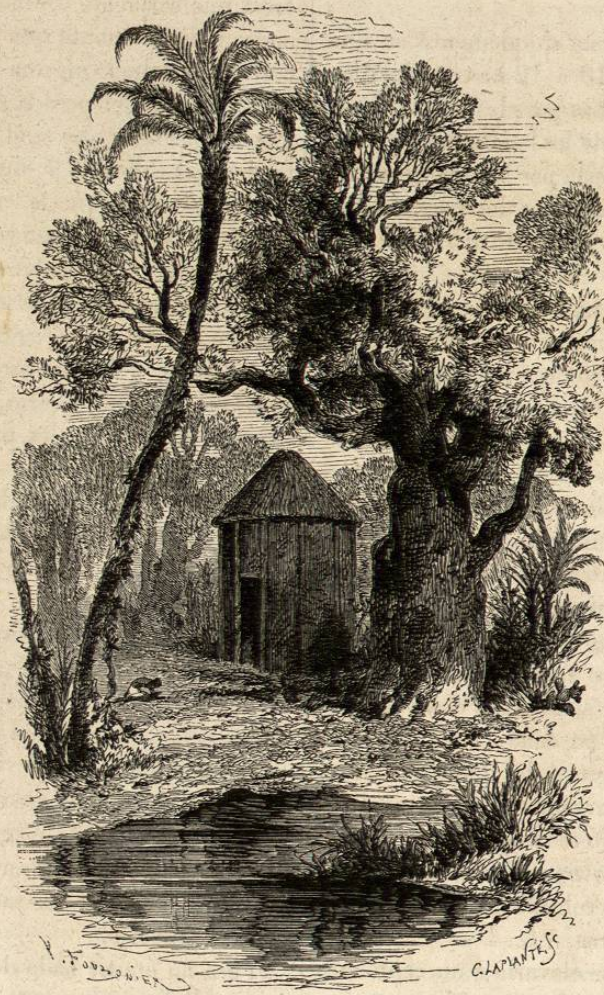
Estos sacerdotes habitan cerca del templo de las serpientes, una de las casas mas grandes de la ciudad, en la cual viven grandemente de las ofrendas de los fieles, y del producto de su doble industria de médicos y de hechiceros. Gozan de una grande influencia bien que oculta, porque parecen estraños á los negocios, y nosotros no les hemos visto ni en los consejos del rey, ni en los del virey de Wydah. Parecen haberse hecho una ley de esa existencia aislada y misteriosa. Yo deseaba, sin embargo, tener algunas relaciones con ellos, tanto mas, cuanto que me habian alabado diferentes remedios cuyo secreto poseian ya sea contra el gusano de Guinea, ya contra la mordedura de las serpientes venenosas. Componen tambien, con el jugo de ciertas yerbas, los venenos mas sutiles.

Si bien daba poco crédito á semejantes aseveraciones, tenia curiosidad de comprobarlas; pero á pesar de ofrecer regalos importantes y medicamentos preciosos, nada obtuve de los sacerdotes, y ni siquiera conseguí hablarles.

Para no omitir nada de lo que puede interesar al lector, debo decir cuatro palabras del mercado público que hay en Wydah en la parte Este de la ciudad, el cual por su aspecto general recuerda algo los bazares orientales de las pequeñas ciudades turcas. Consiste en una doble fila de miserables tenduchos de bambú en que el vendedor, ó por mejor decir, la vendedora, porque las mujeres son en general las que venden, está sentada en medio de calabazas llenas de sus mercancías. Allí se vende casi todo lo que es necesario á la vida de aquellos pueblos: arroz, aceite de palma, sal, géneros de algodón, bujerías de vidrio, etc. Hay tambien fondas al aire libre, donde se despachan al parroquiano, el cual las consume en pie, ciertas preparaciones culinarias entre las cuales representa el principal papel la carne de perro guisada

de diferentes maneras. De este gusto, que nos parece singular, participan muchas poblaciones africanas, particularmente las que viven en las márgenes del Congo. La harina de yuca ó de cazabe humedecida con agua, dividida en pelotillas del tamaño del puño y cubierta con un pe'azo de hoja de plátano ó banano desempeña el mismo papel que el pan entre nosotros. Se consume tambien mucha carne de buey cortada

en tiras estrechas y secada al sol, que se come de este modo sin otro aderezo ni condimento, para lo cual es necesario estar provisto de verdaderas mandíbulas de canibal. No he visto vender en el mercado ninguna bebida espirituosa, ni aguardiente de azúcar ni de palma. Los negros no beben durante la comida, y solo al concluirse ésta apagan su sed, y siempre con agua pura, lo que no impide que sean muy aficio-



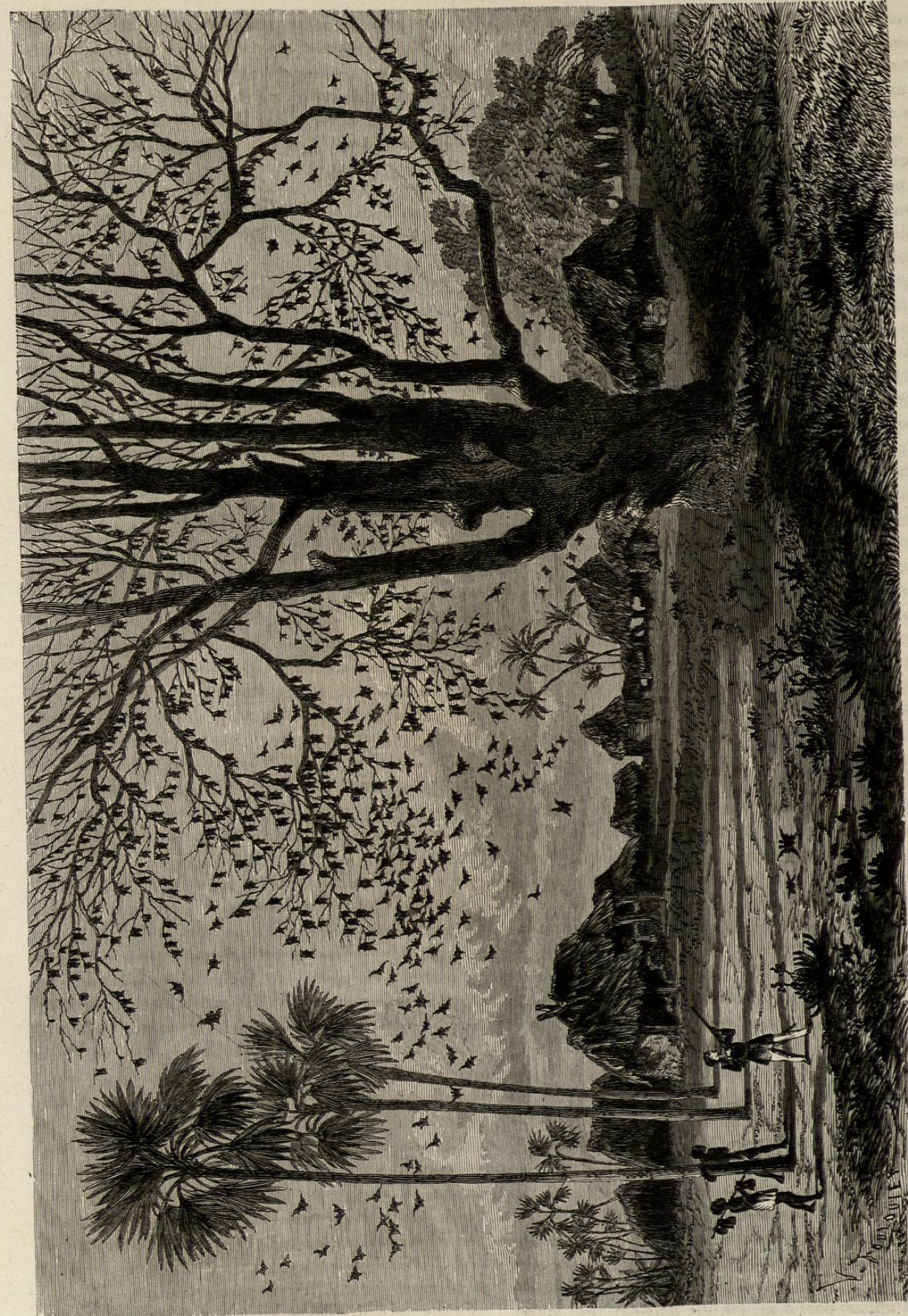
Vista exterior del templo de las serpientes en Widah.

nados á los licores fuertes y que se embriaguen cuantas veces tienen proporcion de hacerlo.

La moneda usada en el mercado es el *cauris* de que he hablado anteriormente. El *cauris* es una almeja univalva del género de las porcelanas (*cyprea moneta* de Linneo), de un color blanco amarillento uniforme y del tamaño de una avellana. Se encuentra en abundancia en las costas del Océano Indio, de donde le hacen venir nuestros tratantes. Su valor no es considerable, pues se necesitan unas veinte para componer un sueldo de nuestra moneda. Así es que

se encuentran de ellas montones enormes en las casas de los comerciantes cuyas transacciones son algo estensas, y la factoría francesa emplea exclusivamente en contar *cauris* no sé cuántos individuos. En el interior se usan mas como adorno que como moneda, haciéndose de ellos collares, brazaletes y hasta toscos bordados en las cartucheras, talabartes y demás piezas de equipo de los guerreros.

Dos días despues de nuestro desembarco volvimos la visita al gobernador de Wydah, negro de cincuenta años, de buena presencia, pero que no me pareció



Arbol cubierto de murciélagos en Alada.

demasiado inteligente. Es uno de los jefes mas poderosos del Dahomey. Lleva el título de *yavogan* ó virey, y los comerciantes han de contar con él. Nos recibió en una de sus casas rodeado de tres ó cuatro criados que nos dieron una idea anticipada del bajo servilismo que teníamos que ver mas adelante en la corte de Ghezó. La entrevista fue corta y poco interesante, y nos pareció que el *yavogan* miraba con malos ojos, por no sabemos qué razon, nuestro viaje cerca del rey.

Mientras recorríamos la ciudad, el director de la factoría se ocupaba activamente en los preparativos de nuestro viaje. Prevenido de nuestra llegada, Ghezó, monarca á la sazón reinante en el Dahomey, envió á Wydah á uno de sus ayudantes de campo (*recadero*) para saludarnos y darnos el permiso, porque ningun extranjero puede penetrar en el interior sin autorizacion expresa del rey. Dicho oficial llegó el 12 de octubre, y presentó al capitán Vallon el *baston real*, insignia de las funciones que tenia á su cargo. Es costumbre en aquel país, en que se ignora la escritura, que el enviado del rey ó de un personaje principal sea portador de un signo visible de la confianza de su amo. Este signo es por lo comun un baston mas ó menos elegante que el mensajero pone en manos de la persona á que se dirige mientras desempeña su mision. En seguida lo recoge, porque es una especie de pasaporte que le asegura en todos los puntos por donde pasa el respeto y la obediencia debidos al soberano, á quien lo entrega al darle cuenta de haber ejecutado sus órdenes.

Unos trescientos hombres acompañaban al mensajero real. Un centenar de ellos armados de fusiles y de viejos trabucos portugueses, debian formar nuestra escolta de honor, y los otros estaban destinados á llevar nuestros equipajes, los regalos que se hacian al rey y á nosotros mismos.

En el Dahomey son sumamente raras las bestias de carga. Allí no se conoce el camello, allí no pueden vivir los caballos; allí los bueyes, tan numerosos en el resto de la costa Africa, son muy escasos. Todos los trasportes se hacen por medio de hombres, siendo estos el único medio que tienen los viajeros de recorrer un país en que no hay mas camino que angostas sendas trazadas por los peones. Los viajeros se hacen llevar en hamacas de tela de algodón aparejada á poca diferencia como los cois de los buques de guerra. Una larga caña de bambú se pasa por las argollas que tiene la hamaca en sus estremidades, y dichas argollas, detenidas por clavijas que tiene la caña á distancias convenientes, mantienen la hamaca estirada, y el viajero se echa con toda comodidad, puesto al abrigo de los rayos del sol por medio de una lona tendida encima de él como una tienda. Bastan dos negros para llevar de este modo á un hombre por espacio de algunas millas; pero como las que teníamos que andar

nosotros eran muchas y poco el tiempo de que podíamos disponer, cada una de nuestras hamacas estaba escoltada por diez hombres que se iban relevando. Así es como con la mayor comodidad del mundo se pueden hacer 8 ó 10 leguas diarias, siendo tan apacibles los movimientos que permiten dedicarse perfectamente al sueño ó á la lectura.

III.

Partida de Wydah.—Xavi.—Las sacerdotisas.—Tauli.—Alada.—Tofloa.—La Lama.—Cana ó ciudad santa.—Llegada á Abomey.

El 13 de octubre, á las tres de la tarde, toda nuestra gente se hallaba reunida en el patio de la factoría. El director habia humedecido liberalmente el gáznate de nuestros hombres y llenado sus frascos de pólvora; los gritos de júbilo y los disparos de fusil hacian resonar los ecos del antiguo fuerte. Despues de muchas voces de mando y una amplia distribucion de garrotazos, el *recadero* llegó á formar sus hombres y á asignar á cada cual sus funciones y su puesto. La mitad de los soldados próximamente, estaba á la cabeza de la columna: nosotros íbamos en seguida llevados en nuestras hamacas, y seguidos del resto de la escolta y de los bagajes. Algunos de los viejos cañones del fuerte saludaron nuestra partida con veinte y un cañonazos, á los que contestó el *Dialmath* desde la rada. El *yavogan* de Wydah nos esperaba á la puerta del fuerte con algunos de sus oficiales; nos acompañó hasta la salida de la ciudad, y se despidió de nosotros rogando al capitán Vallon que hiciera conocer al rey todas las muestras de atencion de que nos habia colmado durante nuestra permanencia en Wydah.

Seguimos, cuando salimos de la ciudad, una bonita senda que atravesaba una vasta llanura cubierta de bellas plantaciones de maiz, de yuca, de batata y de plantas algodoneras. Grupos de magníficas palmeras de aceite (*elois guinensis*) embellecian todavía mas aquel paisaje cubriéndole con su sombra protectora. Despues de dos horas de marcha por tan delicioso sitio, llegamos á la aldea de Xavi, antigua residencia de los tratantes europeos. Los habitantes prevenidos por las detonaciones y gritos de nuestra escolta nos habian salido á recibir.

Echamos pie á tierra un instante para recibir los cumplimientos de las sacerdotisas idólatras de Xavi, menos salvajes que sus colegas masculinos. Estas señoras, en número de seis, iban adornadas con una gran profusion de collares de ámbar y de coral, llevaban el pecho desnudo y la parte inferior del cuerpo cubierta de telas de seda de colores muy chillones. Eran las sacerdotisas ó las esposas de la serpiente-idolo, pues

los dos sexos concurren igualmente al servicio de la religion. En ciertas épocas del año, las viejas sacerdotisas recorren las calles de la ciudad, llevándose las jóvenes de ocho ó diez años que encuentran al paso, y las conducen á su habitacion. Estas niñas quedan sujetas á un noviciado mas ó menos largo, y cuando son nubiles, se casan con la serpiente-idolo. Mas adelante, algunas concluyen por casarse con simples mortales, pero con bastante dificultad, porque, conservando siempre algo de su carácter sagrado, exigen de sus maridos una completa sumision. Dos de ellas nos dirigieron algunas palabras cuyo sentido no pude entender mientras que las otras cuatro, mucho mas jóvenes, y bastante bellas, ejecutaban una danza voluptuosa y estraña. El discurso y las danzas terminaron con una explosion de gritos de tal modo agudos y discordantes, que nos dimos mucha prisa á volver á nuestras hamacas para huir de tan infernal algaravía.

En la tarde del mismo dia, despues de haber vadeado un arroyuelo cubierto de plantas acuáticas, nos detuvimos en la aldea de Tauli, á 20 millas al Norte de Wydah.

La noche habia cerrado completamente cuando fuimos instalados en la casa que el *cabecero* (1) ó jefe de la aldea puso á nuestra disposicion. Fatigados por el camino y el ruido, nos acostamos casi todos despues de comer, y á pesar de que la cama no era de las mas cómodas, pues estaba simplemente envuelto en una sábana de algodón y tendido sobre una estera, dormí á pierna suelta.

Los tiros, los gritos, los cantos y las exclamaciones de los negros, raza, la mas alborotadora que he conocido, nos despertaron á la salida del sol. El sendero que seguimos despues de haber pasado algunas plantaciones de batata, se ocultó en los espesos bosques. Allí es donde se despliegan todas las maravillas de la lujosa vegetacion de los trópicos. Las palmeras y los cocoteros cuyo esbelto tronco se asemeja á graciosas columnas que sostienen una cúpula de verdor, otros árboles de tronco colosal, las magnolias cubiertas de largas flores blancas, embalsaman el aire matutino; las diversas especies de mimosas de elegante follaje, los sombríos manglares cruzan en libertad en aquellas selvas donde jamás ha penetrado el hacha. Debajo, protegidas por su sombra impenetrable, enlazadas á sus robustas ramas, serpentean las enredaderas, cuyos tallos flexibles cargados de flores describen brillantes festones. Mas bajos todavía y mas humildes, pero mas útiles al hombre, el limonero, el naranjo, el plátano, ponen al alcance de la mano sus deliciosos frutos, en tanto que en el suelo las ananas silvestres se elevan en medio de sus robustas

(1) Otros escritores le llaman *cabocero*. Esta palabra, como la de *recadero*, viene del portugués.

tas hojas. En todas direcciones en fin, se estiende como un tapiz verdea la delicada sensitiva que se estremece y cierra sus tímidas hojuelas al mas mínimo contacto.

Sorprendidos en su retiro por el ruido de nuestros pasos, mil pájaros de riquísimos colores animaban aquel espléndido paisaje. El cardenal de plumaje de fuego, el filiotócolo, que es una esmeralda viva, el elegante papagayo verde y los periquitos chillones, volaban en todas direcciones. El aspecto mismo de nuestra caravana, cuyos flancos recorrían para activar la marcha los jefes de la escolta, las canciones de los negros, los disparos repetidos por los ecos del bosque, la estravagancia de los trages, todo contribuía á darnos en aquellas soledades un espectáculo que nos encantaba por su carácter de novedad y de grandeza.

A las tres horas de marcha, hicimos un alto de media hora en la aldea de Hazué, situada en medio del bosque, á orillas de un precioso arroyuelo, y luego proseguimos nuestro camino para llegar á las once á la importante ciudad de Alada.

Prevenido por nuestros mensajeros, el *cabecero* de Alada, vestido con su mas rico traje y adornado con brazaletes de plata, insignias de su grado, vino á recibirnos á la entrada de la ciudad. Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, alto, vigoroso y de bastante buena figura, aunque un poco picado de viruelas. Le acompañaba un guardia, y le precedía una docena de músicos. Despues de felicitarnos en breves palabras nos condujo, entre una gran concurrencia de pueblo, á una de las plazas públicas, donde nos hizo sentar debajo de un bello grupo de árboles. Allí los músicos nos rompieron los tímpanos con sus tam-tams, sus guitarras y sus flautas de caña, mientras muchas mujeres y guerreros ejecutaban una especie de danza que consistía en contorsiones y actitudes mas cómicas que graciosas. Cuando el *cabecero* creyó habernos honrado lo suficiente, nos condujo á la casa que se nos habia preparado, colocó á la puerta algunos soldados para alejar á los curiosos importunos y regresó á su morada, desde la cual nos envió comestibles, volatería, carneros, naranjas, plátanos, etc.

La ciudad de Alada, construida del mismo modo que Wydah, está situada á 23 millas de Tauli. En ella se celebra cada cuatro dias un mercado muy frecuentado en que se venden comestibles, telas, especias, sal y todos los demás objetos de habitual consumo doméstico.

No he visto en Alada ningun monumento digno de llamar la atencion de los viajeros, á pesar de que, segun Dalzell (1793) y Robertson (1819), es una ciudad idéntica á la antigua capital del reino de Ardra, actualmente destruida. El número de sus habitantes ascenderá á ocho ó diez mil al menos.

Recorriendo las calles, percibí un árbol muy alto,